

## COMUNIDAD-COMUNIÓN

*P. Carlos Bazarra, OFM.Cap.*

Se invoca con frecuencia la idea de comunión refiriéndose a la Iglesia. De hecho la palabra “comunión” se entiende ordinariamente como la recepción del sacramento de la Eucaristía. En verdad que Iglesia y Eucaristía son inseparables. La Iglesia realiza la Eucaristía, y la Eucaristía edifica la Iglesia.

En los evangelios encontramos la expresión “comunidad de mesa”.

*La comunidad de mesa, tanto con notorios publicanos y pecadores como con los suyos, es un rasgo esencial y característico del Jesús histórico; esta comunidad de mesa, el acto de comer con Jesús, ofrece en el presente la salvación escatológica. Los casos en los que Jesús actúa como anfitrión subrayan aún con más fuerza que es Jesús quien toma la iniciativa de ese mensaje escatológico que, en la comunidad de mesa con él, se convierte en una “profecía en acción. Vemos una vez más que la praxis de Jesús no es sino la praxis del reino de Dios que él predica. La repercusión de esa praxis histórica de Jesús es lo que permite comprender el significado de los banquetes cristianos en la Iglesia primitiva. Los cristianos hacen suya la praxis de Jesús<sup>1</sup>.*

## COMUNIDAD-COMUNIÓN

La comunidad de mesa es una línea fundamental del evangelio. ¿Qué relación existe entre estas dos realidades: comunión y comunidad? Yo me atrevería a afirmar que la comunidad es la base de la comunión, teniendo en cuenta que las palabras son elásticas y se pueden emplear con diversos sentidos.

---

1 SCHILLEBEECKX E., *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid 1981, 198.

Quiero tomar como punto de partida la frase de Jesús: “Si vas a presentar tu ofrenda sobre el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja la ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano. Después puedes ofrecer tu ofrenda” (Mt 5, 23-24). Yo lo entiendo de esta manera: la fraternidad (comunidad) es condición indispensable para lograr la comunión.

El esquema es el siguiente: la iniciativa divina es el origen de todo. “Antes de haber nacido ni haber hecho nada ni bueno ni malo, para demostrar que el designio según el cual Dios elige, permanece independiente de las obras y dependiente de aquel que llama” (Rm 9, 11-12). Dios se constituye en Padre al declarar a cada uno de nosotros en el momento de nuestro nacimiento: “Tú eres mi hijo amado” (Mc 1, 11).

A esta experiencia fundante el hombre debe responder con un compromiso solidario a favor del prójimo: “Tú eres mi hermano”. La base es la afirmación cristiana: “Todos ustedes son hermanos” (Mt 23, 8). Independientemente de la condición moral o personal (P 1142), a nadie debemos excluir de nuestra relación fraterna.

Solamente desde la fraternidad podemos invocar a Dios como Padre (Mt 6,9). El Padre Nuestro es una oración plural para recitar unidos como hermanos, como comunidad: “Tú eres nuestro Padre”.

El orden místico es el siguiente: ante todo, siempre la iniciativa de Dios, la dimensión mística: “Tú eres mi hijo amado”. Es la palabra del sacramento del Bautismo, como origen de toda espiritualidad.

A esta dimensión mística sigue la consecuencia ascética de crear comunidad-fraternidad. “Tú eres mi hermano”.

Fruto de la comunidad es la comunión con Dios. La comunión con Dios es la cumbre mística, coronamiento de nuestro itinerario espiritual<sup>2</sup>.

Pretender una comunión sin comunidad es ilusorio o alienante. La misma palabra “comunión” puede resultar tremendamente ambigua. Pablo habla de que se puede ser “miembro de Cristo» o “miembro de prostituta” (1 Cor 6, 15). Son dos tipos de comunión. También la comunión de mesa es ambivalente: “Yo no quiero que entren en comunión con los demonios. No

---

2 BAZARRA C., *Muéstranos al Padre*, Caracas 1998.

pueden participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios” (1 Cor 10, 20-21). Lo antifraterno conduce a la negación de la comunión: “Ya no están comiendo la cena del Señor” (1 Cor 11,20). Porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga” (1 Cor 11, 21).

La comunión es un concepto abstracto que necesita precisar con quien estoy unido, para decantar la autenticidad de esa comunión.

La comunión expresada en la frase: “Tú eres nuestro Padre”, exige como fundamento la realidad de la comunidad y fraternidad. “Si alguno dice: Amo a Dios; pero aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, *no puede amar a Dios a quien no ve*” (1 Jn 4, 20). (La cursiva es mía).

Por eso decía al comienzo que la comunidad lleva a la comunión y no viceversa. Las afirmaciones bíblicas son de una claridad impresionante. “El que ama al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: ‘No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás’ y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’” (Rm 13, 8-9). La parábola del samaritano (Lc 10, 30-37) y la del Juicio Final (Mt 25, 31-46) son la afirmación contundente de que el camino hacia Dios (comunión) pasa a través del hermano (comunidad).

La comunidad eclesial tiene su principio de unidad en la Trinidad, con su exigencia misionera de envío al otro. No es la comunión con el superior o la jerarquía, sino la comunión con el hermano, con el pobre, con el inferior. Son fundamentalmente dos razones:

1ª La comunidad que Dios quiere no es la de un grupito, sino la de toda la humanidad viviendo como hermanos. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4). “La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor al prójimo” (GS 24).

2ª Esta comunidad eclesial se realiza en torno a Jesús, pero un Jesús hecho pobre (2 Cor 8,9), que se identificó con los pobres: “Lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25, 40).

La función de la autoridad es lograr que los cristianos nos mantengamos fieles a la misión, a la comunidad de mesa, a la solidaridad y al amor efectivo,

y no sólo a una organización jurídica. Lo jurídico vale tanto en cuanto edifica y salva: “Teniendo en cuenta la salvación de las almas, que debe ser siempre la ley suprema en la Iglesia” (CIC 1752).

### FILIACIÓN-FRATERNIDAD

No tenemos que ignorar que las palabras se pueden utilizar en diversos conceptos, por eso la realidad de la comunión puede ser ambigua si no se establece claramente con quién se logra la comunión.

Por eso yo prefiero desplazarme al lenguaje más evangélico de “filiación” y “fraternidad”.

La filiación puede establecerse en doble perspectiva:

- 1ª Como don gratuito, sin merecimiento alguno por nuestra parte. Es la gracia mística original: “Tú eres mi hijo amado”. Dios nos la concedió sin consultarnos.
- 2ª Como tarea ascética de vivir de tal modo que merezcamos ser considerados hijos de Dios: “Amen a sus enemigos y rueguen por los que les persiguen, *para que sean hijos del Padre celestial*” (Mt 5, 44-45). (La cursiva es mía).

Esta filiación que es tarea ascética sólo se logra por la fraternidad. Este es el resumen que insinuaba más arriba:

- 1º “Tú eres mi hijo amado”. Dimensión mística, gratuita, universal.
- 2º “Tú eres mi hermano”. Dimensión ascética, de correspondencia.
- 3º “Tú eres nuestro Padre” porque “nos reconocemos como hermanos, todos hijos tuyos”. Dimensión doxológica, mística consumativa<sup>3</sup>.

El documento de Puebla habla de tres planos inseparables: “La relación del hombre con el mundo, como señor; con las personas como hermano, y con Dios como hijo” (P 322).

Si bien en el primer plano no me convence el adjetivo “señor”, ya que esa conciencia nos ha llevado a deteriorar la naturaleza de un modo

---

3 BAZARRA C., *La Santísima Trinidad. Oscuridad amable*, Caracas 2000.

irresponsable, y creo que el epíteto adecuado sería “administrador” porque tenemos que dar cuenta de nuestro comportamiento, puesto que el único Señor es Dios; en cambio los otros dos planos sí reflejan la realidad del Evangelio: la única relación entre los seres humanos es la de la fraternidad, y con Dios es la de la filiación, en el doble sentido al que aludimos arriba<sup>4</sup>.

Cuando Dios decide hacerse hombre, entra de lleno en la relación de fraternidad:

“Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo” (Fil 2, 6-8).

“No se avergüenza de llamarles hermanos” (Hbr 2, 11). “Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos” (Hbr 2, 17).

En estas coordenadas el núcleo sustancial no es la ley sino la fraternidad. “El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley” (Rm 3, 28). “La Iglesia confía más en la fuerza de la verdad y en la educación para la libertad y la responsabilidad, que en prohibiciones, pues su ley es el amor” (P 149).

El principio intrínseco, lo que constituye la Iglesia es la fraternidad.

*La fraternidad eclesial o es compañía radical, capacidad de partir el pan con cualquiera, superando toda barrera religiosa, toda marginación social o cultural, o bien es solamente una asamblea sectoria, en la que brilla por su ausencia la memoria del gesto realizado por Jesús, que comía con los recaudadores y publicanos... La fraternidad cristiana imita y reproduce el acontecimiento cristológico cada vez que derriba una barrera y tiene la valentía de convivir con los marginados. Este aspecto es precisamente el que la distingue de cualquier tipo de equívoco intimista, del segregacionismo para consuelo de un grupo, de los juicios moralistas según los esquemas de los ‘buenos’ y ‘devotos’, de cualquier moda juvenil de convivencia<sup>5</sup>.*

---

4 Francisco de Asís ampliaba el concepto de hermano a las mismas criaturas del orden mineral, vegetal o animal: hermano fuego, hermano sol, hermano árbol, hermano lobo...

5 RUGGIERI G., *Nueva conciencia de la Iglesia como fraternidad evangélica*, en *Concilium* 166 (1981) 364.

La comunión con Dios, o filiación de Dios (no como dimensión mística sino como tarea ascética) se fundamenta en el amor al prójimo (fraternidad):

En perspectiva pneumatológica, amar a Dios significa amar lo que Dios ama. Amar el Amor que es el Espíritu Santo. No puedo amar a Dios si no amo lo que él ama. “Quien en su evangelización excluya a un solo hombre de su amor, no posee el Espíritu de Cristo” (P 205). Sencillamente, no es cristiano.

En perspectiva cristológica, el amor a Cristo no puede separarse del amor al Cuerpo de Cristo y a todos sus miembros. “Todo el que aborrece a su hermano, es un asesino” (1 Jn 3, 15).

La Iglesia realiza sólo parcialmente la misión recibida de Cristo, cuando su amor se restringe a un sector de la humanidad. Hay que amar a los enemigos, insiste Jesús: “Amén a sus enemigos, para que sean hijos del Padre celestial (Mt 5, 44-45). No amar a todos, es negar la filiación divina. Es la perspectiva del Padre<sup>6</sup>. Y es la exigencia de su catolicidad, no sólo en la línea intelectual de aceptar la verdad, sino en la línea de la afectividad: es católico el que ama a todos y los reconoce como hermanos, aunque sean de distintas creencias.

## LA IGLESIA, SACRAMENTO UNIVERSAL DE SALVACIÓN

La afirmación es del Vaticano II: “Fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente... La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios” (LG 9).

He aquí la invitación: ser pueblo y no masa, con la dignidad y la libertad de los hijos de Dios. Lo personal y comunitario en mutuo complemento.

Cuando esto se logre sustantivamente, entonces la Iglesia será “en Cristo, como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). “Habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu

---

6 BAZARRA C., *Comunión Iglesia-pueblo*, en AA.VV., *Globalizar la Esperanza*, Cochabamba 1997, 171.

vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación” (LG 48). Sacramento universal de salvación no es sólo un don, sino también tarea apremiante.

Pienso que padecemos en la Iglesia crisis de pueblo<sup>7</sup>. En la Iglesia todos somos pueblo, en virtud del Bautismo, pero no a todos se les reconoce su condición de pueblo. En la práctica, sólo son considerados pueblo (sujeto, con voz y voto) los que recibieron el sacramento del Orden. Creo que ésta es una tarea urgente si queremos ser cristianos. Para llegar a ser pueblo, hay que comenzar a ser pueblo.

Y la Iglesia adolece de miedo al pueblo. No comunica el gozo de la fraternidad, de la cercanía al pueblo, sino tristeza y miedo de perder lo poseído<sup>8</sup>. Miedo a la propia debilidad, a entrar en área de conflictos, miedo a la reacción del estado, miedo al desbordamiento del pueblo. Vivimos una crisis de fe, por eso rehuimos al pueblo<sup>9</sup>. El miedo es fruto de la falta de fe (Mt 8, 26).

Alguien comenta:

*Demasiado juridicismo, demasiado temor, demasiada falta de espontaneidad y de alegría en relación con Dios... Dificilmente escaparemos a la impresión de que lo que es pura gracia, puro salir de Dios a nuestro encuentro para aligerarnos la vida, está siendo vivenciado como un pesado haz sobre las espaldas, como una fastidiosa retahíla de estorbos que entorpecen y nublan nuestro caminar... Un estilo tristón y negativo impregna totalmente la atmósfera religiosa que respiramos<sup>10</sup>.*

Al separarnos del pueblo nos sentimos solos.

*Decimos sencillamente que para un Obispo o un párroco o una religiosa o un teólogo tiene que ser secundario el desempeño de sus funciones. Ellos tienen que estar con el resto de los cristianos en primer*

7 BAZARRA C., *Crisis de pueblo*, en *Revista ITER* 15 (1997) 81-104.

8 SOBRINO J., *Reflexiones sobre la evangelización en la actualidad*, en *Revista Latinoamericana de Teología* (1996) 283-285.

9 UGALDE L., *La nueva presencia de la Iglesia en los procesos históricos*, en PASTORE C. – AYESTARÁN J. (Eds.), *La Iglesia venezolana en marcha con el Concilio*, Iter, Caracas 1987, 68-69.

10 TORRES QUEIRUGA A., *Recuperar la salvación*, Sal Térrea, Santander 1995, 34.

*lugar como unos cristianos más. Sólo si han llegado a reinsertarse en el seno del pueblo de Dios manteniendo con los demás relaciones recíprocas (siendo llevados en la fe de los demás y llevando a los otros en la suya) pueden cumplir adecuadamente sus funciones, es decir, sin sustituir a nadie ni dominar sobre los demás, sino descubriendo los dones de cada uno, estimulándolos y coordinándolos para lograr el crecimiento de ese cuerpo social articulado<sup>11</sup>.*

Si la Iglesia es sacramento universal de salvación, tenemos que reconocer que el Espíritu no puede pasar por la falta de amor y solidaridad, por lo antifraterno, por el rechazo del pueblo en su realidad pobre y marginada, gente sin voz. El pecado estructural, la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mt 12, 31) es el rechazo del hermano.

“Todo debe hacer a los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsables misioneros para extender el reino” (P 459).

### ¿ECLESIALIZACIÓN A COSTA DE LA FRATERNIZACIÓN?

Las estructuras mínimas humanas y personalizantes, liberadoras y responsables, se fueron con el correr del tiempo endureciendo, y lo que al principio se expresaba como liberación de la ley (carta a los romanos), se pudo ir transformando en una estructura rígida, esclerotizada, aferradas a tradiciones históricas. “Todos ustedes son hermanos” (Mt 23,8). Pero ya Jesús alertó del peligro: “Ustedes dispensan del mandamiento de Dios para mantener la tradición de los hombres” (Mc 7, 8).

Lo importante es el contenido del mensaje y de la vida de Jesús, no la etiqueta del envase. “Maestro, vimos a uno que hacía uso de tu Nombre para expulsar a los espíritus malos, pero se lo prohibimos, porque no anda con nosotros”. Jesús contestó: “No se lo prohíban” (Mc 9, 38-39). Se han venido multiplicando las prohibiciones y ahogando la libertad de los hijos de Dios.

“Nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque el vino los rompería” (Mc 2, 22).

---

11 TRIGO P., *Relación entre religión y política en la matriz cultural establecida*, en *Rev. SIC* (1996) 352.

Hoy uno advierte enseguida que la gran preocupación de muchos es el envase, la etiqueta, no el producto mismo. Se insiste más en la obediencia (marca del recipiente) que en el amor y la fraternidad (el contenido). Si vemos que hay gente no cristiana (porque no se ha bautizado) pero se aman y se entregan al prójimo, no faltará quien insista no en lo bueno de su solidaridad, sino en la ausencia del detalle del uniforme.

En definitiva, nos preocupa más la eclesialización que la evangelización y la fraternidad. Como si Cristo fuese miope y sólo conociera a las personas por el vestido y no por el corazón. “Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba que alguien le informara sobre los otros, porque él sabía lo que hay en el hombre” (Jn 2,23-24). Y nos recomendaba: “Cuando juzguen, no se guíen por las apariencias, sino por lo que sea justo” (Jn 7, 24).

A Cristo lo crucifica la Ley y lo resucita el Amor. Y cuando nosotros supeditamos todo a la ley, volvemos a crucificar a Cristo, crucificando a los hermanos. Si queremos dar vida, ofrezcamos nuestra vida sin escamotear el amor, sin engañar. Cuando la gente pide pan, no les demos piedras; cuando pide pescado, no les demos serpientes (Mt 7, 9-10).

Fuera de la iglesia puede haber salvación: “Quienes ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna” (LG 16). Pero fuera de la fraternidad como vivencia, no hay salvación. Uno se convierte en falso hermano cuando pretende someter a los demás a la esclavitud de la Ley (Gl 2, 4-5). “No me envió Cristo a bautizar, sino a proclamar el Evangelio” (1 Cor 1, 17). “¡Ay de mí si no evangelizare!” (1 Cor 9, 16).

Es verdad que todos somos pecadores. “Si decimos: ‘No tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1 Jn 1,8). Pero el ser pecadores no es obstáculo para reconocernos hermanos. El paradigma del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14) sigue desenmascarándonos: “Puso esta comparación por algunos que estaban convencidos de ser justos y que despreciaban a los demás” (Lc 18, 9).

Cristo nunca rechazó a un pecador. Fue misericordioso con ellos. Y su programa fue: “No vine a buscar a justos sino a pecadores” (Lc 5, 32).

Sin embargo rechazó a los fariseos. ¿Por qué? Si eran pecadores, Jesús debía haberlos acogido. ¿Por qué no lo hizo?

Porque eran pecadores que no se reconocían pecadores. Jesús acogía a los pecadores que se reconocían pecadores, pero a los que se consideraban santos, a Jesús le repugnaban. Lo comentó cuando curó al ciego de nacimiento: “Si ustedes fueran ciegos (esto es, se reconocieran ciegos) no tendrían pecado (serían perdonados); pero como dicen que ven (siendo ciegos), el pecado (la ceguera) permanece” (Jn 9, 41).

Si queremos llegar a la comunión de los santos, tenemos que aceptar que somos parte de la comunión de los pecadores (12). El que se considera santo, se excomulga a sí mismo.

El Vaticano II afirmó claramente que “fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo” (LG 9). A esta comunidad de pecadores-hermanos, Jesús ofrece su perdón y salvación. No hay pecado que le impida a Dios amarnos excepto el pecado de creernos sin pecado. Sería el pecado contra el Espíritu Santo (Mt 12, 31; Mc 3, 28-29).

“El pecado de creernos sin pecado” sería la mentira con densidad teológica, negar la verdad, ser diablo mentiroso y padre de toda mentira (Jn 8,44). La verdad de que habla el Evangelio no son verdades teóricas, decir por ejemplo que dos y dos son cuatro, sino la sinceridad. Lo teórico sólo sería accesible a los intelectuales, pero la sinceridad está al alcance de los más pequeños; es más, es la característica de los niños que no saben fingir. Por eso “les aseguro que si no cambian y no se hacen como niños, no podrán entrar en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3).

El pecado contra el Espíritu, el pecado de creerse sin pecado, la mentira, la vejez (hombre viejo = Ef 4, 22; Col 3, 9), la hipocresía (o ceguera del que no se cree ciego) no es pecado de todos. Reconocerse pecadores es abrirse a la misericordia.

### EL RIESGO DE LA HIPOCRESÍA

Estoy escribiendo consciente de que *yo también puedo ser un hipócrita*. (La cursiva es mía) Cristo podía denunciar de hipócritas a los fariseos, desde su transparencia y sinceridad. Pero ¿quién me garantiza de que no soy hipócrita al acusar a otros de hipócritas? A pesar de eso me atreveré a hablar contra la

hipocresía, la de los demás y la mía. Si me callara, me haría cómplice de la hipocresía de otros, yo también sería hipócrita; si acuso, será un intento de sinceridad. Debo guardarme del odio a las personas, cuando reniego de la hipocresía en sí misma.

Recuerdo el Vaticano II: “Es necesario distinguir entre el error, que siempre debe ser rechazado, y el hombre que yerra, el cual conserva la dignidad de la persona incluso cuando está desviado por ideas falsas o insuficientes en materia religiosa” (GS 28).

En el Evangelio aparece Jesucristo con una doble actitud con relación a los pecadores: de acogida y perdón con los que se reconocen pecadores, y de rechazo contra toda hipocresía.

### ***a) Con los pecadores que se reconocen pecadores***

“Amen a sus enemigos” (Mt 5,44).

“Si ustedes perdonan las ofensas, también el Padre celestial les perdonará” (Mt 6, 14).

Perdona al pecador paralítico (Mt 9, 1-2).

Llama al publicano Leví a seguirle (Mt 9,9).

“Quiero misericordia y no sacrificio” (Mt 9, 13).

“No arranquen la cizaña” (Mt 13,29).

Parábola del siervo sin entrañas (Mt 18, 23-35).

“Los publicanos y las prostitutas les preceden a ustedes en el reino de los cielos” (Mt 21,31).

Perdón de la mujer pecadora (Lc 7,47).

Prohíbe bajar fuego del cielo sobre los samaritanos (Lc 9, 55).

Oveja perdida, moneda perdida, hijo perdido (Lc 15).

El fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14).

Zaqueo (Lc 19,1-10).

“Perdónales, no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

“Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43).

Perdona al paralítico en la piscina (Jn 5, 14).

Perdona a la mujer adúltera (Jn 8, 1-11).

***b) Contra los pecadores que no se reconocen pecadores***

La actitud cambia ostensiblemente. Hay una fuerte irritación en las palabras de Jesús contra los fariseos en el capítulo 23 de Mateo, en el que se alternan los calificativos de “hipócritas” (hipokritai) y “ciegos” (tifloi). También se les llama “estúpidos” (moroi, v. 17) y “serpientes, raza de víboras” (ofeis, gennemata ejidnon, v. 33). (Cfr. Mt 3,7; 12, 34).

En el lugar paralelo de Lucas, capítulo 11, no usa los adjetivos “hipócritas” ni “ciegos”, pero sí los mismos contenidos. Hay un calificativo inicial que abarca todas las acusaciones: “Estúpidos” (afrones, v. 40). Más adelante dirá: “Guárdense de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía” (Lc 12,1). Y en la parábola del mayordomo que utiliza los bienes de su señor en provecho propio, maltratando a sus conservos, se concluye diciendo que el Señor colocará al mayordomo “entre los infieles” (apiston) (Lc 12, 46). En el lugar paralelo Mateo dirá: “entre los hipócritas” (Mt 24,51), con lo que se identifica a los hipócritas con los infieles. En realidad el pecado de no reconocerse pecador es negar la verdad del Espíritu, es la mentira por excelencia. Quien rechaza el Espíritu, rechaza la Trinidad, niega la salvación por Cristo y se la atribuye a sí mismo, a su esfuerzo personal, porque en realidad no es cristiano. Hipócrita es igual a infiel, la persona que no se abre a la misericordia del Dios Trino.

En el sermón de la montaña, que es una síntesis de toda la predicación de Jesús, el tema de la hipocresía vuelve a aparecer con fuerza.

“Si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos” (Mt 5,20). Lo cual supone que hay una gradación. Lo máximo y exclusivo sería la santidad de Dios. La grada inferior a ésta sería el reconocimiento y arrepentimiento del propio pecado. Y el escalón ínfimo sería el “no reconocimiento” del pecado personal, imaginándose uno santo como Dios. Este nivel ínfimo es la idolatría, la mentira, la hipocresía, la ceguera, la estupidez, el pecado contra el Espíritu Santo (Mc 3, 29; Mt 12, 31; Lc 12, 10). Es la falta de fe, la incredulidad.

Jesús trata de hacer ver a los fariseos y escribas el pecado donde ellos no ven pecado: “El que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio en su corazón” (Mt 5, 28). Casarse con una pareja divorciada es adulterio (Mt 5, 32). No matar incluye no enojarse siquiera con el prójimo (Mt 5, 22). No hay que jurar nunca (Mt 5, 34). Presentar la mejilla izquierda al que te abofetea la derecha (Mt 5, 39). No sólo amar al amigo, sino también al enemigo (Mt 5, 44).

Ya en la exposición positiva, a partir del capítulo 6, se enuncia el marco de referencia: “No hacer el bien delante de los hombres para que los vean; de lo contrario el Padre celestial no les dará ningún premio” (Mt 6,1). Esto es, no hay ningún premio para el hipócrita.

Y va detallando: No publiques tus limosnas “como los hipócritas” (Mt 6, 2); no ores “como los hipócritas” (Mt 6,5); no ayunes “como los hipócritas” (Mt 6,16).

“Hipócrita, sácate primero la viga que tienes en el ojo y así verás mejor para sacar la pelusa del ojo de tu hermano” (Mt 7,5). “Si ustedes, que son malos” (Mt 7, 11).

Todo esto se resume en ser falsos profetas, lobos feroces disfrazados de ovejas (Mt 7, 15). Es la descripción gráfica del hipócrita.

“No el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’ sino el sincero es el que hace la voluntad de mi Padre (esto es, reconocerse pecador) (Mt 7, 21).

La idea de la hipocresía la corrobora Marcos, al citar a Isaías: “Bien profetizó de ustedes, hipócritas” (Mc 7, 6).

Cuando le preguntan sobre la licitud de pagar el impuesto al César, Jesús descubre su falsedad: “viendo su hipocresía” (Mc 12, 15).

La ceguera de los que no saben interpretar los signos de los tiempos, les hace acreedores de ese epíteto: “Hipócritas” (Lc 12, 56).

Y el jefe de la sinagoga que se irrita por una curación en sábado, es desenmascarado por Jesús: “Hipócritas, ¿no desatan ustedes su buey en sábado?” (Lc 13, 15).

Los oyentes de Jesús y todos los hombres y mujeres de todos los tiempos se pueden clasificar en 2 grupos: pobres pecadores que suplican misericordia por sus pecados, y los infatuados que se consideran santos sin reconocer sus

pecados. Estos jamás pedirán misericordia, y por eso jamás encontrarán misericordia.

Quien va por la vida rechazando a los pecadores es porque él no se considera pecador, no está en la verdad, es un hipócrita. Jesús se lo dice alto y claro, a ver si por fin cae en la cuenta de su situación, reconoce su pecado y sale de su estado de hipocresía. Sería su salvación.

## CONCLUSIÓN

Los documentos oficiales de la Iglesia y los escritos de muchos teólogos adolecen de una seriedad que los hace poco digeribles. Corremos el riesgo de simular con nuestra cara larga una importancia que no tenemos, con lo que nos revestimos de una hipocresía larvada. Permítaseme, en un afán de sinceridad y de que no me tomo demasiado en serio, una pincelada humorística para finalizar mi reflexión.

### LA HUMANIDAD

Cuando por mejor  
inventó lo peor.

Cuando las Cruzadas  
inventó las pedradas.

Cuando por Dios  
inventó al diablo.

Cuando por mejorar su país,  
inventó e invitó a no reír...

Entonces y para siempre se rieron  
todas las hienas del mundo

y hasta la Mona Lisa  
empezó a sonreír<sup>112</sup>.

A.M.D.G.

---

12 FUERTES G., *Obras incompletas*, Ed. Cátedra, Madrid 1975, pág. 185.